

DESARROLLO DE LA IDENTIDAD MÚLTIPLE. LA IDENTIDAD SOCIAL, CULTURAL, CÍVICA Y COSMOPOLITA

Herminio Domingo Palomares

Universitat de les Illes Balears (España) herminio.domingo@uib.es

<http://dx.doi.org/10.17060/ijodaep.2015.n1.v2.134>

Fecha de Recepción: 23 Febrero 2015

Fecha de Admisión: 30 Marzo 2015

RESUMEN

La caída del Muro de Berlín abrió las puertas a un mundo nuevo; éste definitivamente se transformó en la *aldea global* que había profetizado H. M. McLuhan en los años sesenta. El mundo entra en una acelerada, según palabras de I. Ramonet, *dinámica de fusión*, abriendo horizontes inimaginables poco antes. Pensemos en el crecimiento exponencial, producido a partir de ese momento, de los intercambios comerciales, científicos, técnicos y de información en todo el mundo; en la movilidad de las personas o de las inversiones. Los flujos migratorios, desde entonces, se han multiplicado convirtiéndose en un rasgo estructural y global de nuestro tiempo. Pero, si bien en los primeros momentos veíamos el nuevo escenario más lleno de oportunidades, poco después pudimos percibir sus riesgos: la otra cara del fenómeno, a la que el mismo Ramonet denomina *dinámica de fisión*. Con toda claridad vemos en sus diversas formas las nuevas amenazas para la convivencia democrática que se ciernen sobre la escena mundial.

Todo esto nos hace pensar que el momento de reaprender a vivir democráticamente juntos ha llegado.

Siguiendo la tesis sostenida por Tzvetan Todorov, el ejercicio de la vida en común sólo puede hacerse desde un sentimiento de pertenencia, es decir, desde una identidad que se caracterizaría por ser a la vez: variable; dinámica y múltiple (identidad social, identidad cultural, identidad cívica e identidad cosmopolita)

Cada una de estas identidades va tomando forma a lo largo de la infancia y de la adolescencia. En consecuencia, el currículum escolar debe estar orientado hacia el desarrollo de dichas identidades. Sus contenidos han presentarse, transversalmente en el currículum general y en programas específicos de materias independientes, de modo que acompañen al proceso de desarrollo social, cognitivo y afectivo del niño en las etapas de infantil, primaria y secundaria obligatoria.

Palabras clave: Desarrollo afectivosocial, Ciudadanía, Educación Intercultural, Cosmopolitismo.

ABSTRACT

It was the 9th November 1989 – the date of the fall of the Wall of Berlin and also the inauguration of the first web page – when political and physic borders which had been constructed during the *cold war* were falling apart. World was transformed in the *global village* already foreseen by H. M. Mc Luhan during the sixties. Definitively there was the beginning of a new age. Word enters in an accelerated *dynamic of fusion* in accord of the words of I. Ramonet , opening new horizons which would have been unimaginable years before. Just think about the exponential growing of commercial, scientific, technical and informatic interchanges all over the world; the mobility of persons or inversions. Since then, migratory flowing has multiplied becoming a structural and global characteristic of our times.

If during the first moments we saw the new scenery full of opportunities, shortly afterwards we could perceive the risks: the other face of the phenomena which Ramonet calls *dynamic of fission*. We see clearly how new threats in their different forms menace democratic conviviality on the global scene. The moment of relearning how to live together democratically has come.

In accord of the thesis sustained by Tzvetan Todorov the exercise of life can only be realized based on the feeling of pertinence, that means, based on an identity which is characterized as: variable, dynamic and multiple (social, cultural, civic and cosmopolitan identities).

Each of these identities is being formed during childhood and adolescence. Therefore the scholar curriculum should be oriented to develop the mentioned identities. Their contents should be presented transversally in the general curriculum as in specific programs of independent subjects, attending to the process of social, cognitive and affective development of the child during the different education periods.

Key words: Affective and social Development, Citizenship, Intercultural education, Cosmopolitanism.

ANTECEDENTES

Todos los informes actuales sobre educación, entre los grandes objetivos de la escuela, destacan por su trascendencia dos:

Aprender a aprender en un mundo tecnológico y dominado por las redes de la información.

Aprender a vivir juntos democráticamente en un mundo interdependiente y lleno de posibilidades, pero también de riesgos.

Es sobre éste último objetivo sobre el que versará el contenido del presente trabajo.

Vivir juntos es algo que el *homo sapiens* ha hecho siempre. Esta capacidad es la llave de su enorme éxito evolutivo. Él colonizó todas las regiones del planeta, hasta las más hostiles, como ninguna otra especie hizo jamás, gracias a una ilimitada capacidad adaptativa derivada de su extraordinaria inteligencia, cuando estaba orientada hacia la cooperación y la vida en común.

Podríamos decir incluso que el ser humano está constitucionalmente dispuesto para la vida social. En este sentido no podemos olvidar algunas aportaciones procedentes de la psicología evolutiva, tales como:

La existencia en el cerebro humano de las llamadas *neuronas especulares*, no hace mucho descubiertas por sorpresa (G. Rizzolatti, 1996), y que desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de las ciertas capacidades sociales como son la imitación y la empatía.

La predilección que el recién nacido muestra de modo natural hacia las figuras humanas, particularmente, su fascinación por la cara y la voz humanas, que constituye la base en la creación de las primeras relaciones sociales.

La creación en los primeros meses de la vida de la *relación de apego* entre madre y niño, verdadero embrión del ulterior desarrollo social.

La aparición en los primeros años – entre el tercero y el cuarto- de una de las premisas de una vida social compleja, *la teoría de la mente*, que es la capacidad que nos permite atribuir pensamientos, intenciones y sentimientos al otro.

Legamos a ser humanos porque somos sociales. El proyecto ontogenético es únicamente posible en el seno de lo social, tal como ponen de manifiesto los casos de los *niños salvajes*. Podríamos decir con el premio Nobel de la Paz, Desmond Tutu, que el axioma cartesiano “pienso luego existo”, se podría transformar en “existo porque pertenezco, participo, comparto” (Tutu, 2000, p. 39), es decir, vivo con y a través del otro.

Pero esta disposición, de base natural, no garantiza por sí sola la convivencia democrática. La historia está plagada de fracasos. Incluso en la experiencia personal podemos encontrar las pruebas de la dificultad que esto supone.

Estar capacitado par convivir democráticamente es algo que hay que aprender, y que de ningún modo está asegurado por nuestra disposición natural hacia lo social.

Este aprendizaje es todavía más necesario para convivir en un mundo que ha cambiado bruscamente, y que, como decíamos anteriormente, se ha convertido en un solo sistema interdependiente, lleno de posibilidades pero también de amenazas.

Después del nueve de noviembre de 1989 -fecha de la caída de la Muro de Berlín y de la inauguración de la inauguración de la World Wide Web-, las fronteras políticas y físicas cayeron. El mundo se transformó en la *aldea global* que había profetizado H. M. McLuhan en los años sesenta. Definitivamente entramos en un tiempo nuevo. El mundo entra en una acelerada, según palabras de I. Ramonet, *dinámica de fusión* (Ramonet, 1997: 246), abriendo horizontes inimaginables poco antes. Pensemos en el crecimiento exponencial, producido a partir de ese momento, de los intercambios comerciales, científicos, técnicos, y de información en todo el mundo; en la movilidad de las personas o de las inversiones.

Si bien en los primeros momentos se veíamos más bien las oportunidades, poco después pudimos percibir los riesgos, la otra cara del fenómeno, la que el mismo Ramonet denomina *dinámica de fisión*, en forma de amenazas para la convivencia democrática que se ciernen sobre la escena mundial, tales como:

El crecimiento de las desigualdades entre los ricos y los pobres, tanto en el seno de cada sociedad como internacionalmente -entre los países del Norte y los del Sur-.

El desbordamiento del macrosistema social iniciado en los años ochenta y consumado tras caída del Muro de Berlín por parte del sistema económico, ha provocado que su regulación escape al control del sistema político y obedezca a las leyes del mercado (autorregulación lo llaman).

La concentración del poder económico en muy pocas manos, las de las transnacionales.

Las consecuencias de los intensos movimientos migratorios tanto par los países emisores –la fuga de cerebros y del segmento más dinámico de sus sociedades, los jóvenes-, como para los países receptores, en cuyas poblaciones aumenta de manera preocupante la percepción de amenaza asociada a este fenómeno.

El cambio climático y demás amenazas medioambientales.

La aparición de redes internacionales fuera de la ley: sociedades del crimen organizado, redes terroristas o los movimientos fraudulentos de capitales.

Todo esto nos hace pensar que el momento de reaprender a vivir democráticamente juntos ha llegado.

OBJETIVOS

Pretendemos con esta aportación introducir una línea metodológica y de contenidos en el curriculum de la materias que la recién aprobada LOMCE ofrece como sustitutas de *Educación para la*

DESARROLLO DE LA IDENTIDAD MÚLTIPLE. LA IDENTIDAD SOCIAL, CULTURAL, CÍVICA Y COSMOPOLITA

Ciudadanía y Derechos Humanos de la anterior ley general de educación, LOE: *Valores sociales y cívicos*, tratada transversalmente en Primaria, y *Valores éticos*, como asignatura específica de Secundaria.

MÉTODO

Análisis e interpretación de textos

RESULTADOS

Nuestro enfoque se situará en la línea del constructivismo cognitivista.

La vida en común es practicada tanto con aquellos con los que mantenemos intercambios directos –los llamados grupos primarios, también denominados, desde la perspectiva ecológica de la psicología del desarrollo, *microsistemas*–, como con aquellos con los que sin llegar a mantener intercambios directos, sí compartimos redes de solidaridad social, instituciones, bienes públicos, amenazas, etc.

Esto significa, siguiendo la tesis sostenida por Tzvetan Todorov (2008), que el ejercicio de la vida en común sólo puede hacerse desde un sentimiento de pertenencia, es decir, desde una identidad que se caracterizaría por ser a la vez:

Variable: dentro de cada sociedad existen grupos con sensibilidades sociales y culturales diferentes, por ejemplo podríamos hablar de cultura de los jóvenes, de clase social, de actividades profesionales, etc.

Dinámica: se trata de una identidad con cierto grado de plasticidad y, por ello, sensible a la presión de los cambios que constantemente se producen en el entorno social, científico, técnico y comunicacional. La imagen mítica del barco de los argonautas, *Argo*, que evoca Todorov (Todorov, 2008: 88), podría ayudarnos a mejor comprender el alcance de esta característica. Su viaje fue tan largo que hubo que cambiar las planchas de madera, las cuerdas, los clavos, etc., de modo que finalmente el barco que volvía al puerto era materialmente diferente del que zarpó al principio de la singladura, aunque seguía siendo *Argo*.

Múltiple: pues esta identidad, a la manera de una muñeca *matriuska*, comprendería recursivamente cuatro dimensiones:

La identidad social o yo social

La identidad cultural o yo cultural,

La identidad cívica o yo cívico

La identidad cosmopolita o yo cosmopolita.

En este orden, cada una de estas identidades va tomando forma a lo largo de la infancia y de la adolescencia.

La identidad social o yo social se sitúa en el primer nivel de pertenencia. Se trata de una identidad que se desarrolla en el seno del marco sólido y confiable de los grupos primarios: la familia, la escuela, los amigos... En este marco, la identidad se desarrolla a partir de las primeras relaciones vividas por el recién nacido en el seno de la *intersubjetividad* niño-adulto y el establecimiento de las relaciones de *apego*; su desarrollo se continua en la segunda infancia con la aparición de las reacciones de negativismo, el descubrimiento de la primera identidad sexual, la aparición de la *teoría de la mente* y la adquisición rudimentaria de hábitos sociales; posteriormente, se completa con el descubrimiento de los iguales, de la amistad y, finalmente, de la genitalidad con la llegada de la pubertad.

Este yo social constituye el fundamento y la garantía del desarrollo sano y equilibrado de la competencia social de sujeto y de las demás identidades.

La identidad cultural o yo cultural constituye el segundo nivel de pertenencia de la identidad de ciudadano.

Esta identidad supone para el niño la conquista de tres decisivas competencias: poseer la llave con la que descubrir el mundo; sentir los lazos de pertenencia con los que compartir la misma cultura; adquirir los materiales culturales con los que construir el edificio de su propia inteligencia y personalidad.

Este “yo cultural” nace primero a partir de una lengua, la materna, que no es neutra ya que está plena de significados, de símbolos y de acumulación histórica. Posteriormente, se desarrolla de manera variable al contacto con los juegos infantiles, las tradiciones, las celebraciones, los gustos culinarios..., y en la escuela, donde el niño incorpora las referencias espaciales, temporales y simbólicas que le ofrecen los contenidos curriculares de geografía, historia, arte y literatura.

Se trata de una identidad **híbrida**, ya que no existe una cultura pura -los intercambios practicados entre los diferentes grupos humanos a lo largo de los tiempos aseguraron una cada vez mayor mezcla genética y cultural-; **variable**, pues en el interior de cada cultura existen numerosos subgrupos con sensibilidades culturales diferentes definidas en relación al sexo, la edad, las actividades profesionales; y **dinámica**, es decir, en permanente construcción y transformación -cada cultura asimila y acomoda sin tregua las influencias que provienen del cruce multicultural, los progresos científicos y tecnológicos y los *mass media* de la comunicación-. Todo ser humano, a lo largo de su vida, entra en contacto con “el otro” dentro de un horizonte cada vez más abierto y cosmopolita. De la misma manera que no es imaginable un ser humano fuera de una cultura, podemos afirmar que éste no existe tampoco como individuo cerrado dentro de una cultura.

En el tercer nivel se encuentra la **identidad cívica o yo cívico**.

Si la identidad social y la identidad cultural se alimentan sobre todo de intercambios directos, situados en un escenario de afectos y por ello se desarrollan básicamente por mecanismos implícitos e incidentales, en este caso brota más bien de la razón, por lo que su desarrollo depende sobre todo de estrategias educativas intencionales.

Cicerón en el año 52 a. C. (Citado por Todorov, 2008) delimitó de manera luminosa esta dimensión en su diálogo *Sobre las leyes*:

Creo, dice el filósofo, que todos los ciudadanos tienen dos patrias, una natural y la otra política. Así sucede con ese Catón del que hablas: nació en Tusculum, pero tenía derechos de ciudadanía en Roma. Al ser tusculano de origen y romano por derecho de ciudadanía, tenía una primera patria, el lugar donde nació, y otra de derecho. De la misma forma nosotros consideramos como nuestra patria el lugar donde nacimos y la ciudad que nos confirió la condición de miembros. Esta última, la república, la ciudad común, es necesariamente objeto de un amor mayor. Debemos saber morir por ella, entregarnos totalmente a ella, todo lo que es nuestro le pertenece. (p.101).

Naturalmente, Cicerón hablaba de la ciudad-estado de Roma. En 212, bajo Caracalla, la condición de ciudadano se extendió por todo el imperio.

Nos situamos ahora en otro nivel, más abstracto, el de la identidad política que se forma en un escenario más difuso: el estado-nación. El estado no es asimilable a una cultura; es más bien un espacio administrativo y político con fronteras físicas que alberga a individuos que pueden pertenecer a diferentes culturas, religiones y tradiciones, que pueden hablar diferentes lenguas y vivir en diferentes regiones. El estado, en su versión más moderna, el estado-nación democrático debe garantizar los mismos derechos y deberes para todos, cualquiera que sea su origen, religión, lengua o tradiciones.

Esta concepción del estado moderno como nuevo marco de convivencia política cristaliza en el siglo XVIII, cuando se constituye como un dominio de lo público, por oposición a la iglesia - la religión-, que quedaría recluida al dominio privado. Ya en 1689 escribía J. Locke (Citado por Peces-Barba, 2007) en su última “*Carta sobre la tolerancia*” lo siguiente:

El estado es una sociedad de hombres, constituida únicamente para proporcionar, preservar y satisfacer sus propios intereses estrictamente civiles, como son: la vida, la salud, el descanso del

DESARROLLO DE LA IDENTIDAD MÚLTIPLE. LA IDENTIDAD SOCIAL, CULTURAL, CÍVICA Y COSMOPOLITA

cuerpo y la posesión de cosas materiales tales como el dinero, la tierra, la casa, los muebles y otros semejantes. En cambio, la iglesia es una sociedad voluntaria de hombres unidos por un acuerdo mutuo con objeto de dar culto públicamente a Dios de la manera que consideran conveniente y eficaz a la salud de sus almas. (p.16).

De ese modo, según el espíritu de la Ilustración, el estado-nación como garante del disfrute de los derechos y el cumplimiento de los deberes de todos los ciudadanos se sitúa sobre un marco de convivencia diferente al de la cultura y la religión. Es, como dice A. Giddens (1997), un verdadero marco de confianza para el desarrollo de los proyectos personales y colectivos de sus ciudadanos. Se gestó tras superar la civilización humana diversas etapas cada una de ellas dominada por un característico marco de confianza que, según el mismo autor, configuró en cada caso la convivencia de las sociedades premodernas:

En primer lugar, el **sistema de parentesco** o marco de confianza fundado sobre los lazos de sangre. El parentesco garantizaba la protección y la confianza de los individuos.

Luego fue la **comunidad local**, cuyo control social servía para mantener la estabilidad del grupo.

El tercer marco de confianza lo constituiría la **cosmogonía religiosa** que inspiraba las normas sobre las cuales se fundaba el orden social.

Finalmente, la **tradición**, desde la que las costumbres se erigían en normas sociales.

El estado-nación moderno -nace en el siglo XVIII con las revoluciones americana y francesa- sucede como marco de confianza moderno a los cuatro marcos antes mencionados.

A pesar de su juventud, ya ha entrado en crisis. Los tiempos, como diría a Cicerón, en los que se estaba dispuesto a sacrificar la propia vida para salvar la de la patria, han pasado. Este último marco de confianza está cambiando. La dinámica de la globalización es la responsable de ello. Por todas partes, el estado-nación es visiblemente más débil que antes, tanto en el plano político, como en el económico y social:

Políticamente, el estado nación pierde cada vez más competencias al desbordarse en estructuras supranacionales, al mismo tiempo que se diluye en estructuras regionales.

Económicamente, el estado-nación ha sido sobrepasado por las leyes del mercado, que, emancipadas del control político, regulan en el mundo entero los intercambios financieros y comerciales y la productividad.

Socialmente, el desbordamiento del sistema económico fuera de control público se prolongó en un tipo de desorden social que amenaza la supervivencia de este marco de confianza. Percibimos por todo el mundo las manifestaciones de este desorden: la desigualdad creciente tanto entre las diferentes sociedades como en el interior de cada una de ellas; la pérdida progresiva de los derechos en el mundo del trabajo que arroja a los trabajadores a la precariedad, incluso al mercado negro; el crecimiento generalizado de la falta de protección y de la exclusión social; la intensidad de los movimientos migratorios que provocan desequilibrios enormes demográficos y sociales tanto en las sociedades de origen como en las de acogida; por fin, los problemas del medio ambiente que amenazan la supervivencia del planeta entero.

En definitiva, el estado-nación se encuentra impotente en el tiempo y en el espacio para afrontar los nuevos e importantes retos que plantea la globalización.

Además, en esta escena de desorden, se dan cita diversas fuerzas que, aunque muy diferentes entre sí, comparten el deseo común de destruir este marco de confianza:

En primer lugar, los mejor colocados, los que promueven el individualismo asocial, los que desean a toda costa la cuasi desaparición del estado; ellos son, en cierta medida, los responsables de la crisis económica actual.

Por otra parte, los que promueven organizaciones fundamentalistas, integristas y ultranacionalistas como fuertes marcos de confianza en sustitución de los débiles estados.

Finalmente, quienes se organizan fuera del estado o contra el estado a escala mundial en redes criminales y terroristas.

A pesar de su crisis evidente y la pérdida de confianza en él, su existencia, aunque necesitada de ajustes, nos aparece como un elemento insustituible para garantizar las redes sociales de solidaridad: los sistemas de educación y de salud, la seguridad social y ciudadana o los servicios sociales. Se trata de una conquista histórica que costó muchos esfuerzos y sacrificios; que sigue siendo la garantía de libertad y posibilidades de desarrollo de los proyectos personales y de los partidos; y que por tanto es necesario mejorar y preservar.

Por último, la dinámica de la globalización y la crisis del estado-nación nos obligan a buscar un nuevo marco de confianza, otro nivel de pertenencia; a desarrollar una nueva identidad. El desbordamiento del estado, su impotencia frente a tantos problemas cruciales para la convivencia democrática, para la supervivencia del planeta y del ser humano hicieron hablar a ciertos autores de la necesidad de una ruptura cognitiva que alumbrase los perfiles de una nueva identidad: **la identidad cosmopolita o yo cosmopolita**, la propia del nuevo ciudadano del mundo.

Esta identidad se corresponde con un marco de confianza que empieza a vislumbrarse. Desde este marco se ha de poder abordar la gestión de los bienes públicos mundiales y conjurar sus amenazas; reforzar las instituciones internacionales y crear otras capaces de controlar la dinámica de la economía al servicio del ser humano; poner en marcha los instrumentos eficaces para eliminar la pobreza, equilibrar las desigualdades mundiales, respetar los derechos humanos y vivir de manera respetuosa con el medioambiente. En esa dirección avanzaremos en la medida en que los sistemas educativos se comprometan con la construcción de la conciencia de una nueva identidad y con la introducción en las aulas del espíritu del que habla J. Rifkin en la *Civilización empática* (2010), los del ciudadano activo en el mundo: el yo cosmopolita.

CONCLUSIONES

La escuela está comprometida en la consecución de un objetivo tan fundamental como es el de capacitar a los nuevos ciudadanos para convivir con los demás ya sea en los entornos inmediatos y perfectamente reconocibles, como en los más remotos y difusos; de todos ellos ha de formar parte. Con la llegada del nuevo siglo todos estos entornos han cambiado, pues el mundo entero ha cambiado. Participar en este nuevo escenario como ciudadano activo y competente sólo puede hacerse desde una sólida identidad en constante construcción, es decir, variable, dinámica y múltiple. Por ello el currículum de *Valores Sociales y Cívicos*, en Primaria, y en la materia específica de Secundaria, *Valores Éticos*, debe estar orientado hacia el desarrollo de una serie de competencias que hagan posible la construcción de esta identidad.

Sus contenidos deben presentarse de modo que acompañen al proceso de desarrollo social cognitivo y afectivo del niño y del adolescente. Deben ser abordados, tanto transversalmente, en el currículum general, como sistematizados, en programas específicos de materias independientes, a lo largo de las tres etapas educativas: infantil, primaria y secundaria; partiendo siempre de las experiencias en los entornos más inmediatos y concretos, y progresando hacia el descubrimiento de los más alejados y abstractos.

En primer lugar, habría que comenzar por el desarrollo de las competencias propias de la **identidad social o del yo social**:

Desarrollo de la autoestima

Desarrollo de la autonomía personal

Reconocimiento de los otros

Adquisición de hábitos y habilidades sociales

Desarrollo de la vida relacional en el seno de los grupos primarios

DESARROLLO DE LA IDENTIDAD MÚLTIPLE. LA IDENTIDAD SOCIAL, CULTURAL, CÍVICA Y COSMOPOLITA

Conocer y respetar las normas de la convivencia

El desarrollo afectivo-sexual

Afrontamiento de los conflictos en la convivencia

En un segundo momento, se han de abordar las competencias relacionadas con los contenidos correspondientes al desarrollo de la **identidad cultural o yo cultural**:

Reconocimiento de las características de la propia cultura

Identificación de sus elementos procedentes de otras culturas

El reconocimiento de las otras culturas

Identificar los elementos comunes a diferentes culturas

Reconocer la variabilidad en el seno de cada cultura

El respeto y empatía hacia los otros

Reconocer y valorar la diversidad cultural, moral y religiosa

Descubrir los mecanismos responsables de la existencia de los estereotipos, los prejuicios sociales y los comportamientos xenófobos

Participar en la vida cultural de la comunidad

Al final de la escuela primaria sería el momento para trabajar las competencias propias de la **identidad cívica o del yo cívico**:

Desarrollar criterios para delimitar los tres ámbitos de relación: el íntimo, el privado y el público

Conocer las normas que regulan los comportamientos en el espacio público

Reconocer y valorar la génesis y existencia de los bienes públicos

Identificar los valores sobre los cuales es fundada la vida en común

Conocer el funcionamiento democrático de la convivencia

Reconocer la relación entre derechos y deberes del buen ciudadano

Participar en la vida social y política

Conocer la existencia de las instituciones políticas y sociales comunes

Valorar la igualdad entre los hombres y las mujeres

Reconocer la existencia del conflicto social y su afrontamiento

Finalmente, durante la etapa de la enseñanza secundaria habría que desarrollar las competencias que corresponden a la **identidad cosmopolita o yo cosmopolita**:

Conocer las características definitorias del mundo globalizado

Reconocimiento de los bienes públicos mundiales

Reconocimiento de las amenazas públicas mundiales

Conocimiento de la génesis y tipos de derechos humanos

Sensibilización sobre el desarrollo humano en el mundo

Conocer los diferentes tipos de cooperación

Comprometerse con los más desfavorecidos

Valorar la paz activa ante los conflictos

Adquirir conciencia de vivir en un entorno natural frágil y limitado

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Giddens, A. (1997). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.

Le Gal, J. (2005). *Los derechos de los niños en la escuela: una educación para la ciudadanía*. Barcelona: Graó.

Locke, J. (2002). *Carta sobre la tolerancia*. Madrid: Tecnos.

Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: UNESCO.

Peces-Barba, G. (2007). *Educación para la Ciudadanía y los Derechos Humanos*. Madrid: Espasa.

Ramonet, I. (1997). *Un mundo sin rumbo*. Madrid: Debate.

- Rifkin, J. (2010): *La civilización empática*. Barcelona: Paidós
- Todorov, T. (2008): *El miedo a los bárbaros*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Tutu, D. (2000): *Il n'y a pas d'avenir sans pardon*. París: Albin Michel.

